

JULIO VERNE

Gil Braltar



Sin duda, gran parte de la creciente fascinación de Verne por Gibraltar se debe a sus dos visitas al peñón y es este pedazo de territorio una constante en su obra como lugar geográfico y como símbolo omnipresente del imperio británico. Verne escribe en 1886 «Gil Braltar», una sátira donde de paso aprovecha para dejar mal parado al gobernador británico de turno con relación a su fealdad, aunque finalmente es un golpe de inteligencia el que guía al propio general a vencer al loco que asalta la ciudad.

Asociación literaria y cultural sin ánimo de lucro creada en el 2012
en Palma de Mallorca, España.

En colaboración con:

Sociedad Hispánica Jules Verne

Agradecemos la colaboración prestada por **Bernhard Krauth** de la Sociedad Alemana Jules Verne que ha contribuido con las imágenes originales Hetzel que se reproducen en este libro.

Entre conquistados y conquistadores

Prólogo a la traducción española de «Gil Braltar»

Sin duda, gran parte de la creciente fascinación de Verne por Gibraltar se debe a sus dos visitas al peñón y es este pedazo de territorio una constante en su obra como lugar geográfico y como símbolo omnipresente del imperio británico. Verne escribe en 1886 «Gil Braltar», una sátira donde de paso aprovecha para dejar mal parado al gobernador británico de turno con relación a su fealdad, aunque finalmente es un golpe de inteligencia el que guía al propio general a vencer al loco que asalta la ciudad.

Gibraltar es un territorio de ultramar del Reino Unido, con el estatus de Territorio Británico de Ultramar, y amplias capacidades de autogobierno. Está situado en el extremo meridional de la Península Ibérica, al este de la bahía de Gibraltar y que se extiende sobre la formación geológica del peñón de Gibraltar, península que domina la orilla norte del estrecho homónimo, comunicando el mar Mediterráneo y el océano Atlántico. Limita con España, alberga una población de unos 29 000 habitantes en una superficie de menos de siete km² y constituye centro turístico y puerto fran-

co. Integrada en la corona de Castilla desde la segunda mitad del siglo XV, fue ocupada a principios del siglo XVIII por la escuadra angloholandesa en apoyo del pretendiente Carlos III de España durante la Guerra de Sucesión Española, al término de la cual fue cedida a la corona británica en aplicación del Tratado de Utrecht en 1713. Desde mediados del siglo XX, el devenir político de Gibraltar ha sido objeto de controversia en las relaciones hispano-británicas.

Verne visitó Gibraltar en dos ocasiones y siempre quedó maravillado por las fortificaciones, baterías y medios de defensa, en general, con que contaban los británicos, que lo hacía un espacio inexpugnable. Por otra parte, el lado oriental de la Roca con sus glacis de arena erosionada impresionó a Verne de tal manera que creyó estar en presencia de una de las vistas más espléndidas jamás vistas.

En su primera visita, en 1878, ocho años antes de la escritura del relato que se presenta en estas páginas, Verne llegó al peñón en su yate, el *St. Michel*, procedente de Tánger. En el viaje lo acompañaban su hermano Paul y el capitán E. David. Tan pronto desembarcó quedó fascinado por las fortalezas y los cañones dispuestos en el lugar y exploró todos los alrededores, recorriendo las guarniciones. En la noche regresó a la parte comercial de la región cerca de *Main Street* donde cenó. Luego, regresó al *St. Michel* y a la mañana siguiente partió para Oran, en Argelia. Era el 20 de junio y en esta ocasión su visita al peñón solo fue de un día.

Seis años después, y justo dos antes de escribir «Gil Braltar», el francés regresa a la región, como parte de su último viaje mediterráneo a bordo de su yate antes de ser vendido. El 25 de mayo a las cuatro de la tarde echó anclas nuevamente en los puertos del peñón. Verne se quedó a bordo y plasma en su diario el cañonazo de las 7:45 de la noche como señal del inminente cierre del *Landport Gate* a España. Resolvió visitar la ciudad al siguiente día. Una vez más recorrió los enclaves militares, no sin antes anotar en su diario la gran cantidad de mujeres con velos y pañuelos

en sus cabezas, así como el gran número de árabes, marroquíes y africanos mezclados con los soldados británicos que veía en las calles. Listo para partir, ya en el puerto, levó anclas a las once de la mañana del 26 de mayo y se dirigió hacia Malta. Durante su recorrido por la ciudad había avistado algunos monos y ese propio día, poco después de zarpar, deja consignado en su diario la siguiente nota: «Gibraltar capturada por los monos. Un cuento a escribir».

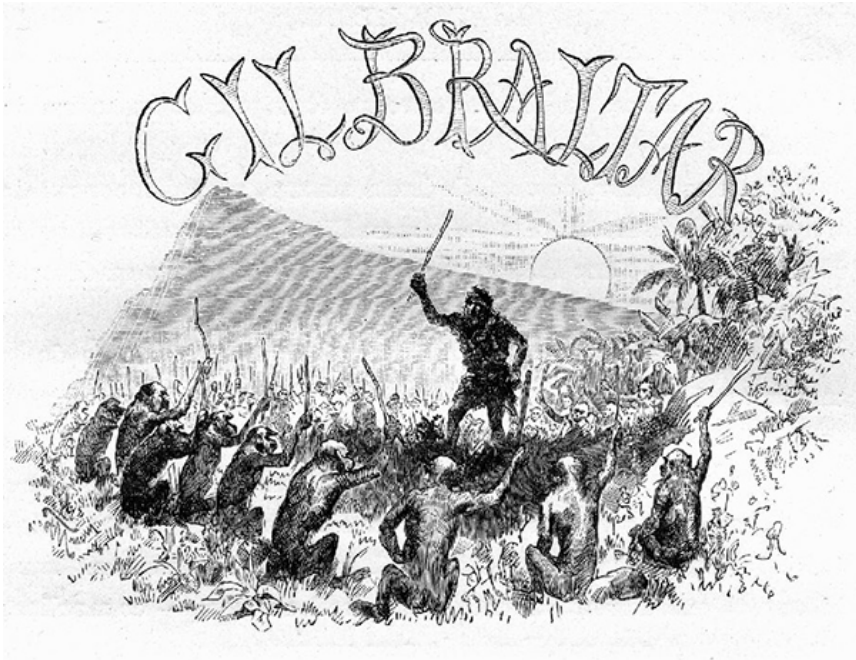
Aparentemente, fue de esta manera que surgió la idea de escribir este cuento que narra las peripecias de Gil Braltar, un loco de la localidad y el general Mac Kackmale, la representación británica en sus dominios de ultramar.

Ariel Pérez Rodríguez

Gil Braltar^[1]

Jules Verne

Gil Braltar



I

Había allí unos setecientos u ochocientos, a lo sumo. De talla promedio, pero robustos, ágiles, flexibles y hechos para los saltos prodigiosos. Se movían ilu-

minados por los últimos rayos del sol que se ponía al otro lado de las montañas ubicadas al oeste de la rada. Pronto, el rojizo disco desapareció y la oscuridad comenzó a invadir el centro de aquel valle encajado en las lejanas sierras de Sanorra, Ronda y del desolado país del Cuervo.

De pronto, toda la tropa se inmovilizó. Su jefe acababa de aparecer montado sobre el lomo de un flaco asno que formaba la cresta misma de la montaña. Desde el puesto de soldados, sobre la parte superior de la enorme piedra, nadie era capaz de ver lo que estaba sucediendo bajo los árboles.

—¡Shhh, shhh! —silbó el jefe, cuyos labios, recogidos como un culo de pollo, dieron a ese silbido una extraordinaria intensidad.

Un ser singular ese jefe de estatura alta, vestido con piel de mono, cubierto de pelo, su cabeza poblada con una enmarañada y espesa cabellera, la cara erizada por una corta barba, sus pies desnudos y duros en la planta como un casco de caballo.

Levantó el brazo derecho y lo extendió hacia la parte inferior de la montaña. Todos repitieron de inmediato aquel gesto con precisión militar, mejor dicho, mecánico, como auténticos muñecos movidos por un mismo resorte. El jefe bajó su brazo y todos los demás bajaron sus brazos. Se inclinó hacia el suelo. Todos se inclinaron adoptando la misma actitud. Empuñó un sólido palo que comenzó a ondear. Todos ondearon sus palos y ejecutaron un molinete similar al suyo, aquel molinete que llaman «la rosa cubierta».

El jefe se dio la vuelta, se deslizó entre las hierbas y se arrastró bajo los árboles. La tropa lo siguió al mismo tiempo que se arrastraban.

En menos de diez minutos había recorrido los senderos del monte, descarnados por las lluvias sin que el movimiento de una piedra pusiera al descubierto la presencia de esta masa en marcha.

Un cuarto de hora después, el jefe se detuvo. Todos se detuvieron como si se hubieran quedado congelados en el lugar.

A doscientos metros más abajo se veía la ciudad, cobijada por la extensa y oscura rada. Numerosas luces hacían visible el confuso grupo de malecones, casas, villas y cuarteles. Más allá, se distinguían los fanales de los barcos de guerra y las luces de los buques comerciales. Los pontones, anclados en el muelle, se reflejaban en la superficie de las tranquilas aguas. Más lejos, en la extremidad de la Punta de Europa, el faro proyectaba su haz luminoso sobre el estrecho.

En ese momento se oyó un cañonazo: el *first gun fire*, lanzado desde una de las baterías rasantes. Luego, se comenzaron a escuchar los redobles de los tambores acompañados de los agudos silbatos de los pífanos.

Era la hora de la retirada, de recogerse en casa. Ningún extranjero tenía ya el derecho a caminar por la ciudad, a no ser que estuviera escoltado por algún oficial de la guarnición. Se le ordenaba a los miembros de las tripulaciones de los barcos que regresaran a bordo antes que las puertas de la ciudad se cerrasen. En intervalos de quince minutos, circulaban algunas patrullas que llevaban a la estación a aquellos que se habían retrasado o a los borrachos. Luego, la ciudad se sumía en una profunda tranquilidad.

El general Mac Kackmale podía dormir entonces a pierna suelta.

Esa noche, no parecía que Inglaterra tuviera algo que temer en su peñón de Gibraltar.

II

Es conocido que este gran peñón, que tiene una altura de cuatrocientos veinticinco metros, reposa sobre una base de mil doscientos cuarenta y cinco metros de ancho por cuatro mil trescientos de largo. Su forma se asemeja a un enorme león echado, cuya cabeza apunta hacia el lado español y su cola se baña en el mar. Su rostro muestra los dientes —setecientos cañones apuntando a través de sus troneras—, *los dientes de la vieja*, como se le llama. Una vieja que mordería duro si se le molestase. Allí está Inglaterra sólidamente apostada, tanto como en Perim, Adén, Malta, en Pulo-Pinang y Hong Kong, otros tantos peñones que, algún día, con el progreso de la mecánica, convertirá en fortalezas giratorias.

Mientras llega ese momento, Gibraltar le asegura al Reino Unido una dominación indiscutible sobre los dieciocho kilómetros de este estrecho que la fuerza de Hércules ha abierto hacia Abila y Calpe, en lo más profundo de las aguas mediterráneas.

¿Han renunciado los españoles a reconquistar esta región de su península? Sí, sin duda, porque parece ser inatacable por tierra o por mar.

No obstante, existía uno que vivía obsesionado con la idea de reconquistar esta roca ofensiva y defensiva. Era el jefe de la tropa, un ser raro, se podría decir que un loco. Este hidalgo se hacía llamar precisamente Gil Braltar, nombre que, a no dudarlo, lo predestinaba para esta conquista patriótica. Su cerebro no había resistido y su lugar estaba en el asilo de los dementes. Se le conocía bien. Sin embar-

go, desde hacía diez años, no se sabía a ciencia cierta qué había sido de él. ¿Erraría quizás por el mundo? En la realidad, no había abandonado en modo alguno su dominio patrimonial. Vivía una existencia de troglodita, en bosques, cuevas y particularmente en el fondo de aquellos inaccesibles reductos de las grutas de San Miguel, que se dice que comunican con el mar. Se le creía muerto. Vivía, en cambio, pero a la manera de los hombres salvajes privados de la razón humana, que solo obedecen a sus instintos animales.

III

Dormía el general Mac Kackmale a pierna suelta, tan despreocupadamente que violaba los reglamentos. Con sus desmesurados brazos, sus ojos redondos, hundidos bajo rudas cejas, su cara rodeada de una áspera barba, su fisonomía gesticulante, sus gestos de antropopiteco, el prognatismo extraordinario de su mandíbula, era de una fealdad notable, incluso para un general inglés. Era un verdadero mono; excelente militar por otra parte, pese a su figura simiesca.

Sí. Dormía en su confortable morada de *Main Street*, una calle sinuosa que atraviesa la ciudad desde la Puerta del Mar hasta la Puerta de la Alameda. Quizá el general soñaba que Inglaterra se apoderaba de Egipto, Turquía, Holanda, Afganistán, Sudán o del país de los bóers, en una palabra, de todos los puntos del planeta que se ajustaban a su conveniencia, justo en el momento en que corría el riesgo de perder Gibraltar.

La puerta del cuarto se abrió de repente.

—¿Qué ocurre? —preguntó el general Mac Kackmale incorporándose de un salto.

—Mi general —le contestó un ayudante de campo que había entrado por la puerta como un torpedo—, están invadiendo la ciudad...

—¿Los españoles?

—Es lo más probable.

—Se habrán atrevido...

El general no terminó la frase. Se levantó, arrojó a un lado el madrás que le ceñía la cabeza, se deslizó en sus pan-

talones, se zambulló en su traje, se dejó caer en sus botas, se caló su bicornio y se armó con su espada mientras decía:

—Ese ruido que escucho, ¿qué es?

—El ruido de las rocas que avanzan como un alud por toda la ciudad.

—¿Son numerosos esos bribones?...

—Deben serlo.

—Sin duda, todos los bandidos de la costa se han reunido para ejecutar este ataque: los contrabandistas de Ronda, los pescadores de San Roque y los refugiados que pululan en todas las poblaciones...

—Es de temer, mi general.

—Y el gobernador... ¿ha sido prevenido?

—No. Ha sido imposible avisarle en su quinta de la Punta de Europa. Las puertas están ocupadas y las calles están llenas de asaltantes...

—¿Y el cuartel de la Puerta del Mar?...

—No hay manera de llegar hasta allí. Los artilleros deben hallarse sitiados en su cuartel.

—¿Con cuántos hombres cuenta usted?...

—Unos veinte, mi general. Son los infantes del tercer regimiento, que han podido escaparse.

—¡Por San Dunstán! —exclamó Mac Kackmale—, ¡Gibraltar arrebatada a Inglaterra por estos vendedores de naranjas!... ¡Eso no ocurrirá! No... ¡Eso no ocurrirá!

En ese momento, la puerta del cuarto dio paso a un extraño ser que saltó sobre los hombros del general.

IV

—i **R**índase! —exclamó una voz ronca, que más tenía de rugido que de voz humana.